

## Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

## El gran cateto que viaja

Hay que definir de algún modo a los todavía numerosos partidarios de **Felipe González**. ¡Una cuarta parte de los españoles! El asunto no es tan fácil como creen los que están planteando los comicios como una elección entre la inmoralidad de uno y la honradez de otro, entre la impunidad para los gobernantes y la justicia igual para todos. Aunque González obtuviera la mayoría absoluta de los votos, y el apoyo unánime de la opinión pública, seguiría siendo tan responsable como ahora por los crímenes, robos y mentiras de su Gobierno. Además, muchos votantes de **Aznar** aprueban en sus informes corazones los asesinatos de los GAL. Lo que mantiene aglutinado a un cuarto de los españoles es algo más sólido e inconsciente que el impúdico amor al símbolo personal del crimen y de la impostura. Votará a González no por su inmoralidad, sino pese a ella o incluso contra ella. ¿Qué une en el mundo político más que el interés o la simpatía? Sin duda alguna, el temor y el odio. El temor a la derecha es irreal, una mera propaganda electoral. Queda, como «última ratio» del voto felipista, el horror y la abominación de su contrario. Pero Aznar no suscita ese sentimiento, ni encarna la idea racional antifelipista.

★

Cuando se vota a la defensiva, como le sucede al voto socialista, la unión la producen las afinidades colectivas de rechazo a lo que podría destruir la propia conciencia. Que no es otro partido ni otro Gobierno, sino la idea contraria a la que hace prosperar, en el reino de la mentira y la duplicidad, la buena conciencia de los asesinos, ladrones y subvencionados por razones de Estado o de partido. Es ahí donde se ha de producir, forzosamente, la identificación sentimental entre el Partido Socialista y su jefe carismático, entre la cualidad genérica de sus electores y la esencia específica del elegido. ¿En qué terreno psicológico se fragua esa identificación social con las buenas conciencias que matan, roban y prevarican? Excluido el de la inmoralidad, sólo queda el de la empatía mental con el «modo de ser Felipe», con esa fuerza de resistencia que opone la mentira a la verdad o, mejor aún, la vida de mala fe a la vida auténtica. Porque la mentira es mera negación de algo externo, mientras que la mala fe niega la razón de ser uno mismo. El motor del voto socialista no está en el defecto moral de la mentira, sino en el discurso mental que la hace obligatoria y permanente: en la mala fe. El enemigo natural del felipismo es la buena fe intelectual. Su amigo íntimo, el odio o desprecio de la razón, la misología.

★

A la misología se llega, como a la misantropía, por el camino de la impaciencia y la decepción. Los odiadores de hombres, los misántropos, suelen ser también odiadores de la razón, misólogos. A fuerza de equivocarse en el juicio sobre las personas, las ideas y los razonamientos, tras caer en sucesivas y continuas decepciones, llegan a odiar a todas las personas, a todas las ideas y a todos los razonamientos. Nadie como Felipe González tiene más méritos para ser el rey de los misólogos españoles. Nadie ha sufrido tantas decepciones de su pobre razón, de su juicio equivocado sobre la razón política. Y nadie más impaciente que él por abandonarla en plena juventud, a causa de su ambición desahogada, no ya con renuncia a juicios particulares (ruptura, república, marxismo, socialismo, etc.), sino con el rechazo del principio universal de la razón. A la que aborrece como guía de conductas, argumentos o discursos. Lo que ha hecho comunicar de maravilla a González con el pueblo y los intelectuales «progres» ha sido lo que hay en él de auténtico: su ininteligibilidad. Su desprecio, tan español y castizo, de lo racional y lo evidente. Por eso ha sido símbolo de la postmodernidad y de la confusión. En la limitada vida interior de esta típica versión hispánica de la misología, late la limitada soberbia de la mala fe que anima a un gran cateto que viaja.

## TRIBUNA LIBRE

## Villena, vóteme

[DIEGO LOPEZ GARRIDO]

Mi querido amigo:

**Y**O tampoco tengo el gusto de conocerle en persona, aunque creo que nos vimos hace algún tiempo en el estreno de *La importancia de llamarse Ernesto*, la obra de Oscar Wilde tan acertadamente adaptada por usted y tan estupidamente dirigida por nuestro común y entrañable amigo Pedro Miguel Martínez.

He seguido su actividad literaria y sus artículos. He compartido sus opiniones, su abierta forma de ver la vida y la sociedad. Por eso me complace que sintonice de modo tan explícito con las posiciones políticas que Nueva Izquierda sostiene en el debate público, y que coincida con mis propias tomas de postura. Esto es lo que usted expresa con la afectuosa carta abierta que me envió hace unos días en estas mismas páginas (EL MUNDO, 12 de enero), lo cual me produjo una satisfacción inesperada. Pues bien, en relación con esa carta me voy a permitir hacerle llegar, de forma igualmente abierta, algunas consideraciones y una sugerencia quizá atrevida o impertinente.

Pienso que si personas como usted —o como Fernando Savater hace unos días— conectan

tan claramente con la necesidad de que la izquierda española experimente una intensa renovación que la modernice, que le aporte aire fresco que la despoje de dogmas inservibles o demagogia populista, que la haga mucho menos sectaria y más accesible a las personas que no militan en partidos (la inmensa

respetando y asumiendo su trayectoria pasada y presente, entonces hay razones para el optimismo entre quienes seguimos creyendo que vale la pena trabajar porque los mejores valores solidarios de la humanidad puedan tener presencia, y hasta predominio, en la realidad política, en las leyes, en las decisiones adoptadas y ejecutadas por los poderes públicos.

La izquierda del siglo XXI será, en efecto, muy diferente de la que hemos conocido hasta ahora, porque el mundo ha cambiado. La economía se ha globalizado, Europa camina a una compleja unidad, la democracia de partidos pasa por una crisis de credibilidad y de lejanía de los ciudadanos, que se resisten a participar en esos artilugios políticos pero, a la vez, no soportan que las oligarquías los dominen y querrian que se contase con los votantes para confeccionar listas, por ejemplo. Y todo ello cuando los derechos humanos son pisoteados en muchas partes del mundo, se sigue ejecutando legalmente en países tan democráticos como EEUU, el Estado de Bienestar (que es la expresión actual de la lucha por la igualdad) está amenazado y nuestras sociedades viven una preocupante falta de vertebración, que es semillero de violencia.

Cuando esto sucede, hay que ganar para los valores de la jus-

La izquierda del siglo XXI será muy diferente a la de ahora porque el mundo ha cambiado

mayoría), que la dote de una nueva personalidad, que mantenga el fondo común del alma del progresismo y, al tiempo, una nítida diferenciación con las recientes evoluciones del pensamiento y la política conservadora; si personas como usted, digo, están en esa onda de futuro y tienen una visión algo heterodoxa respecto de los viejos partidos de la izquierda, aun

## REVISTA DE PRENSA

GERMAN YANKE

## Aznar se centra en su mensaje de limpieza

Las portadas dedicaban ayer el espacio más importante al secuestro en manos de ETA de un funcionario de prisiones. No todas destacaban que **José Antonio Ortega** es militante del PP —el editorial de *El País* pide la misma solidaridad que con **Aldaya**— ni que el ministro **Belloch** replicó con contundencia que «el Gobierno no aceptará nunca ningún chantaje de esa gentuza». Para que no tenga dudas, el editorialista de *Abe* escribe que «si es irresponsable negociar con ETA, hacerlo desde una posición de debilidad es aberrante. ETA vive uno de los mejores momentos de su historia. España, ciertamente, no». «La solución policial no puede prescindir de la política», decía **Luis Foix** en *La Vanguardia*. Pero si éste era el gran titular, el tema de los comentarios era, sin duda, el Congreso del PP.

Terminó ayer y deben ser pocos los líderes conservadores que no hayan prestado su pluma a las páginas especiales de *Abe*. Ayer, **Marcelino Oreja** proponía la «ineludible y hoy inaplazable reforma institucional de la Unión Europea», el ajuste del déficit y la inflación «con o sin Unión Económica y Monetaria» y la ampliación de la UE como «obligación moral» y «factor de estabilidad». **Angel Acebes** apostaba por un Senado que desempeñe «una labor relevante como Cámara especializada en temas autonómicos», el presidente de la Junta de Cas-

tilla y León, **Juan José Lucas**, combatía y quería convencernos de que su partido acabará con «una suerte de *escepticismo social* sobre la eficacia de la función democrática». **Alberto Ruiz-Gallardón** escribía cosas tan intrínsecas como que «con la tolerancia gana el centro, gana la sociedad y gana España» y el alcalde de Madrid, **José María Álvarez del Manzano** acusaba de «manifestación maldad y execrable manipulación» a quienes siembran el miedo de que el PP vaya a rebajar las pensiones. Era como estar presente en el mismísimo Congreso e incluso enterarse allí

de interesantes noticias para los objetivos propuestos: que, según una crónica de **Gonzalo López Alba**, «felipistas y guerristas luchan palmo a palmo para quedarse con los restos del Partido Socialista» y que **Jordi Pujol** había dicho en una entrevista con **Isabel San Sebastián** que la opción de pactar con la segunda fuerza «en realidad no se da». Eso, el mismo día en que, en *La Vanguardia*, **Narcís Serra** decía, en un debate con **Trías de Bes**, que «Aznar sólo es capaz de coaligarse con los comunistas». Pero imagino que los compromisos no sólo leerán *Abe* y si hojearon ayer *El País* se encontraron con que la Ejecutiva que votaron entre alusiones a la tolerancia y la apertura a la sociedad era, según la información de **Victorino Ruiz de Azúa**, «monolítica» y a la medida de lo que Aznar «prevé que serán sus